

orgullosas de la superioridad, cuando los caprichos de la fortuna ó los trastornos de las revoluciones los ponen en posición de obtenerlas.

Más difícilmente que la libertad y la igualdad, la fraternidad parecería deber apartarse de su verdadero sentido: ella por consiguiente, debería presentar menos tropiezos y peligros; pero el comun de los hombres no concibe la fraternidad sino como un beneficio y no como una carga, y esta falsa apreciación arrastra á muchos á terribles conclusiones. "Todos los hombres son hermanos," dicen, y tienen razón; pero en vez de demostrar con la ayuda de este principio que cada hombre debe estar siempre dispuesto á sacrificarse por el bien de sus semejantes, ellos se sirven de él como de una arma pérfida para atacar todo orden social, apoyar sistemáticamente la rapiña y la opresión, y hacer prevalecer un plan de sociedad salvaje, destructor de toda libertad, de todo sacrificio, y cuyo objeto final sería inmolar implacablemente el mérito en las aras del vicio y de la incapacidad.

¿No era necesario que todavía aquí viniese el cristianismo en auxilio del hombre? Para hacerle estimar en su precio la fraternidad á la cual le invitaba, para que ella le fuese dulce y no amarga, tenía que preservarla de la profanación de las malas pasiones que abusan de ella. Del mismo modo, pues, que ha hecho posible en la sociedad humana la libertad por la *santidad*, y la igualdad por la *humildad*, realizará la fraternidad por medio de la *caridad*.

Más bien que crear derechos, la fraternidad cristiana ha impuesto rigurosos deberes. Considerada bajo el punto de vista puramente humano, lejos de ser una ventaja para los que la practican, es una causa de privaciones y sacrificios. Cuando se oye á ciertos hombres pronunciar con énfasis la palabra fraternidad, se siente uno movido de lástima, pensando que, si supiesen lo que decían, si pudiesen verse precisados á practicarla realmente, su entusiasmo no tardaría mucho en resfriarse. Sin duda el ser hermanos, es lo más tierno

y hermoso que puede darse; es trasladar el cielo á la tierra; ¿pero qué cosa es ser hermanos? ¿Es hallarse encerrados juntos como el rebaño en el aprisco y consumir en comun, todos los días y á la misma hora, una ración con más ó menos igualdad repartida? ¡Oh! no; la fraternidad no se deja contener en límites tan estrechos y materiales: ¿qué es, pues, la fraternidad? Héla aquí según el Evangelio: "Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; rogad por los que os persiguen y calumnian. Vestid á los que están desnudos, cuidad á los enfermos, consolad á los que padecen, visitad á los que yacen en las prisiones, y si quereis llegar al mayor grado de perfección en esta virtud, vended vuestras joyas y todo lo que sirve á vuestra vanidad y dad lo que produzca á los pobres." Los que se manifiestan celosos de llamarse con el santo nombre de hermanos deben estar animados de un espíritu de conciliación, de misericordia, de piedad y de absoluta abnegación. El misionero que sin otra esperanza en la tierra que el martirio, va á predicar entre los bárbaros y los gentiles la ley evangélica; la religiosa que pasa su vida en los hospitales ocupada en curar las llagas más repugnantes; el sacerdote que renuncia á las dulzuras del hogar doméstico para consagrarse enteramente al servicio de sus semejantes en el ministerio sagrado; el soldado que ofrece generosamente á su patria el sacrificio de su felicidad y de su vida; el ciudadano que busca la miseria hasta en sus más tristes y escondidos retretes, y no teme agotar su bolsa para socorrerla y aliviarla, he ahí los hombres que comprenden y practican la verdadera fraternidad.

Pero para comprenderla y practicarla de este modo se necesita estar movido por otro móvil que no sea puramente terrestre; se necesita tener en el corazón (y esto no es demasiado) toda la vida que la cruz comunica por la fé, la esperanza, la caridad y la gracia de Dios. Así cuando en nuestras sociedades, poseídas del espíritu pagano, se quiere, en nombre de ese sentimiento melodramático que se llama filantropía,

copiar las maravillas de la fraternidad cristiana, se tiene que organizar oficinas, imponer cuotas, pagar empleados y ejercer la beneficencia con las entrañas del fisco y de la especulación. Las almas piadosas se ven obligadas á imaginar expedientes que suministren recursos para las buenas obras: es necesario á veces, que promuevan la limosna por la vía de las pasiones, que la atraigan con el incentivo del interes y del placer; que hagan danzar y divertirse á los dichosos del mundo en provecho de la miseria, del sufrimiento y del infortunio!

A las consideraciones que preceden, creemos poder dar esta conclusion general: que sin el cristianismo no se pueden interpretar sanamente ni reducir á la práctica de un modo pacífico y verdadero los grandes principios de libertad, igualdad y fraternidad: demostremos ahora que no es menos indispensable para la realizacion de la dicha y de la paz.

Despues de la desobediencia del paraíso que cambió el destino de toda la raza de Adán, la felicidad parece que temió fijar su morada sobre la tierra. Las luchas continuas del hombre contra su naturaleza, contra sus semejantes, contra sí mismo apenas le dejan tiempo de respirar. Ha podido suceder que algunos seres privilegiados por la suerte, gozasen durante un tiempo mas ó menos largo aquellas satisfacciones que se pueden encontrar en el mundo; però ademas de que tales satisfacciones, lejos de llenar el alma dejan en ella desconsuelos que nada puede llenar, se presenta ante nosotros un porvenir tan incierto, y el placer está siempre tan inmediato á la pena, que esa invisible espada de Damocles pendiente continuamente sobre nuestras cabezas, bastaria para turbar todos nuestros goces aun cuando la terrible segur de la muerte no amenazase romper muy pronto el tallo de nuestra existencia. En vano es que el hombre con los medios de que dispone, se afane y atormente por formarse la felicidad en medio de las angustias de semejante situacion; todo lo mas que podrá conseguir será aturdirse algunos momentos en el tumulto de ruidosos placeres: así, pues, los ecos de

la tierra han resonado siempre con las quejas y los gemidos de la multitud de los desgraciados.

Con todo, Jesucristo no ha vacilado en abrir su mision divina por una proclamacion de dicha ocho veces repetida. La primera palabra que salió de sus labios sagrados fué la de *bienaventurado*: però ¿á quienes se referira esa palabra? A todos los que el mundo habia reputado desgraciados hasta entonces; y por un misterio inconcebible, el sufrimiento mismo será uno de los elementos que compondrán la dicha; porque está escrito: "¡Bienaventurados los que lloran!"

Para emplear un lenguaje semejante era necesario estar muy seguro de conocer y dominar la causa de las desgracias terrestres; era necesario poder decir y hacer como el Hombre-Dios: "¡Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados!" El sufrimiento, en efecto, no es un mal verdadero sino en tanto que se ignora el objeto y el fin; però que este objeto y este fin se manifiesten en lo que tienen de glorioso é inefable, y el sufrimiento podrá realmente transformarse en dicha. Así es como ha procedido el cristianismo, y de un solo golpe ha cortado la principal raiz del mal. Esplícándonos el enigma de nuestra naturaleza nos ha hecho comprender la utilidad inmensa del sufrimiento, y dando una base cierta á la fé, nos ha hecho considerar las pruebas de la vida presente como la semilla de una celeste cosecha. Ha levantado el velo que cubria nuestros destinos y nos los ha mostrado, abriéndose como las flores despues de la borrasca, en la serenidad de una beatitud sin término y sin medida. ¿Qué son las fatigas de la guerra para el soldado que está seguro de recoger los mas brillantes laureles? ¿Qué son para el sabio las vigiliias laboriosas cuando él se siente marchar á la inmortalidad? y con mas fuerte razon, qué son las penas de la vida para el verdadero cristiano que contando con las promesas de Aquel que le ha rescatado al precio de su sangre, sabe que todo lo que sufre será pesado en su equitativa balanza y que recibirá en contrapeso los goces inefables de la

eternidad? Animados por esta magnífica esperanza, los apóstoles rebotaban de gozo en medio de sus tribulaciones; los mártires volaban al encuentro de los mas horribles suplicios, los santos se entregaban con entusiasmo á las mas rudas prácticas de la penitencia: para ellos el sufrimiento habia cambiado de carácter; lo imploraban como si fuese un bien: "Todavía más, Señor, exclamaban, todavía más! ¡O padecer ó morir!"

Pero el cristianismo no se ha contentado con obrar sobre el sufrimiento trasformándolo; él, además, ha propuesto á los hombres el medio de atacar directamente el origen; y este medio consiste en la lucha contra las malas inclinaciones. En efecto, si el hombre sufre es porque falta en él la armonía; porque sus deseos no están de acuerdo con su deber ó con lo que es posible: no hay mas que dos maneras de calmar la irritacion que experimenta: abatir sus deseos hasta el nivel de sus obligaciones y de su fortuna ó domeñar sus obligaciones y su fortuna á discrecion de sus deseos. Tomar este último partido es tentar lo imposible: la fortuna se rie de nuestra codicia, y por mas que se haga, nada le impide pulverizarla bajo su rueda caprichosa é implacable. No se obtiene mejor suceso con entregarse ciegamente á los instintos depravados, y obedecer su impulso contra toda regla y razon: mucho se engaña el que cree encontrar la calma cesando de combatirlos, porque ¡ay! el abismo, llama el abismo, al deseo sucede el deseo; y hallando muy pronto insulsos y desabridos los placeres que ha encontrado en su camino, busca incessantemente otros mas vivos; y en vez de gustar la dicha en el seno del reposo, viene á ser el miserable juguete de una insaciable tiranía: nuevo Tántalo, su alma se halla entregada á las angustias que le ocasiona la fatigosa requisa de un bien que se desea ardientemente y que huye al punto que se cree alcanzarlo. Esta actividad inmoderada es necesariamente madre del desorden. El hombre de placer, amasado de egoismo, olvida que debe hacerse útil á sus seme-

jantes y no vacila aún en sacrificarlos á sus odiosas fruiciones; muchas veces se sacrificará él mismo; así es que casi todos sus males procederán de los excesos á que le haya arrastrado la sed inmoderada é inestinguible de las pasiones.

El Evangelio sigue una marcha diametralmente opuesta: Él traza la regla de los deberes y ordena al hombre conformarse á ellos á despecho de las inclinaciones contrarias de su naturaleza: ordena en nombre de Dios y promete de su parte los auxilios suficientes para ayudar á la voluntad á triunfar noblemente de sus repugnancias. Al mismo tiempo, cuando obstáculos insuperables, nacidos de las circunstancias ó de la naturaleza de las cosas, se oponen á que los deseos, siendo legítimos, obtengan una justa satisfaccion, recomienda la resignacion que calma dulcemente los dolores del corazon, y enseña á reconocer los decretos inescrutables de Dios, á venerarlos y á someterse á ellos sin exhalar una queja, con la confianza del hijo por su padre, con el espíritu de sacrificio que prepara gloriosos méritos. Es cosa ciertamente mas fácil acomodar uno sus deseos á su deber y á su fortuna, que doblegar el deber y la fortuna á sus insaciables exigencias: así es como un cristiano prudente y sabio sabe conservar su alma al abrigo de las borrascas de las pasiones; y si algun golpe de la Providencia viene á herirlo aun en lo que tiene mas querido, sabe, como el santo Job, bajar humildemente la cabeza y bendecir la mano paternal que le castiga para purificarlo y salvarlo.

Con todo, el Evangelio no ha prometido y ligado la dicha á la práctica de sus máximas sino porque estas mismas máximas podian neutralizar su funesto veneno. ¡Cosa inconcebible! ¡Contradiccion inesplicable de nuestra naturaleza! Este fruto tan hermoso á la vista, tan agradable al gusto, que buscamos con tanto ardor, es sin embargo un fruto maldito que causa la muerte á los que lo comen. La felicidad debilita, enerva, corrompe y mata á las naciones como á los individuos. La humanidad no está hecha para la dicha: ella

ha podido vivir con el sufrimiento; la felicidad la aniquilaría. El rey de la edad de oro, si renaciese entre nosotros, no tendría por súbditos sino sibaritas afeminados, consumiéndose en la mortal languidez de la molicie y de la prostitucion. ¿Quién, pues, nos dará la dicha sin envilecernos, sin corrompemos, sin entregarnos á la disolucion? El cristianismo; solo él puede obrar este gran milagro: que se busque cuanto se quiera, no se encontrará el antídoto al disolvente de los goces del mundo sino en la sal de las virtudes que enseña, y en las gracias de que es la fuente. Es necesario que la humanidad se resuelva á saborear la amargura del sufrimiento si quiere reconquistar sus derechos á la verdadera felicidad.

No era bastante, sin embargo, para Jesucristo, el haber puesto de nuevo á los hombres en posesion de la dicha. Él quería asegurar los beneficios de su redencion en toda la tierra, dando á las naciones un bien que le es propio, un bien sin el cual todos los demas no estarian completos, es decir, *la paz*. Anunciando el reinado de la Cruz, los profetas le pintaban como un reinado de paz: ellos llamaban al Mesías príncipe de la paz; y cuando los ángeles anunciaron á los pastores de Bethlehem el nacimiento del nuevo rey, cantaron en coro: "*Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*" Tal es el fin dichoso á que el Redentor quiere conducirnos. Todo converge á él en su Evangelio. Él destruye las antipatías de razas y pueblos, y proclama altamente que siendo todos los hombres hijos de un mismo padre, no deben formar sino una sola familia de hermanos. La bondad, la dulzura, la misericordia, la justicia, todas las virtudes pacíficas se encarecen y recomiendan en la doctrina de Jesucristo, dándose Él mismo como un ejemplo vivo de ellas. Él aconseja á sus discípulos evitar con el mayor cuidado las dificultades, las disputas y los pleitos; y les recomienda asimismo amarse los unos á los otros, anunciar por todas partes la paz é invocarla, en cambio de

la hospitalidad, sobre los que los recibieren en sus casas. Él les deja la paz, les da su paz, paz mas dulce que la del mundo; y cuantas veces se les aparece despues de su resurreccion se revela á ellos por estas palabras divinas: *¡Que la paz sea con vosotros!*

La paz es sobre todo la que Jesucristo quiere hacer descender sobre la tierra; para asegurar su establecimiento entre las naciones ha creado la sociedad moral católica. Esta sociedad debe reunir al mundo bajo el mismo gefe espiritual y bajo las mismas leyes morales; y estas leyes, basadas sobre la autoridad de Dios y, por consiguiente, dignas de toda fé y obediencia, tendrán por efecto, sustituir al derecho de la fuerza la fuerza del derecho. Nadie pondrá en duda que la conducta de los seres racionales debe regirse por los principios de la justicia y no por los caprichos brutales de un poder ciego: lo que solamente puede ser objeto de discusion es determinar cuáles son los verdaderos principios de la justicia; porque en tanto que la razon, descarriada por las pasiones, ha estado exclusivamente en posesion de decidir arbitrariamente sobre lo verdadero y lo falso, le ha sido imposible entenderse y la fuerza ha debido decidir comunmente en último estremo las cuestiones litigiosas. No será lo mismo sin duda cuando el cristianismo llegando á su edad completa, haya conquistado un imperio absoluto sobre los espíritus: siendo admitidos universalmente sus principios, la justicia brillará mas vivamente á los ojos de los hombres, y ellos considerarán como mas digno el tomarla por árbitro, que tener que recurrir á las violencias de la fuerza. Por otra parte, la efusion del espíritu evangélico dispondrá á las almas á la benevolencia mutua, á la caridad, á todas las virtudes pacíficas, y las dificultades, que no envenenarán ya las pasiones rencorosas, se arreglarán fácil y prontamente. El progreso de las ideas cristianas, la dulzura de las costumbres habian hecho ya presentir en el último siglo, al abate de Saint-Pierre la éra futura de la paz universal. Estos presentimientos